

golpes. Tampoco se habla en ningún momento de amor, ni de ternura. Sino de odio contra el padre, el padrastro, o el amante de la madre que los manipula y aterroriza. Incluso si este terror es sutil. Los gestos son siempre idénticos. Unicamente varían los argumentos. El "haz lo que te mando" de los medios más incultos se convierte, en los ambientes más evolucionados, en "es por tu bien, pequeña, para que sepas cuando seas mayor".

Alcohólico una vez de cada cinco, despótico, violento, a menudo colérico, pero casi siempre buen ciudadano, buen trabajador, buen marido. ¿Buen padre? El padre incestuoso es un hombre normal. Ni delincuente ni desviado. Ni particularmente enfermo ni obligatoriamente miserable. Simplemente propietario. Tanto del cuerpo de sus hijas como del de su mujer.

Una mujer que, en las familias incestuosas, brilla por su ausencia. Extrañamente desvalda, cuando no muerta, o ausente. No sabe ni ha visto nada. Los ojos cerrados y la boca cosida. Incluso cuando lo sabe todo o al menos lo adivina. "Mi madre estaba al corriente de todo, aunque fingía no saberlo", confiesa una de las muchachitas del citado libro-documento. "Le hablaron de ello. Inmediatamente cambió de conversación". Y si la hija insiste, se ve tratada de loca, de mentirosa, de viciosa.

Madres aterrorizadas por el tirano doméstico, sometidas, junto con sus hijas, a su sola autoridad. Madres resignadas e incluso aliviadas cuando se ven sustituidas como objetos sexuales por sus hijas. Madres cómplices, mudas por miedo al escándalo, a los Tribunales, a la soledad, dispuestas a sacrificar a sus hijas a cambio de disfrutar de una paz doméstica, de una paz se-

xual. Ninguna habla con tal de no perder al hombre ni a las hijas.

Estas últimas no son tampoco habladoras. "Me frotó con colonia después de obligarme a jurar que no diría nada a nadie. Que aquello sería un secreto entre los dos". "Si hablas, irás a un correccional". "No digas nada a menos que quieras ir a la cárcel", o "Si hablas de esto, te mato". Al principio, las pequeñas no comprenden siquiera lo que el padre trata de hacerles. Pierrette: "Hacia los trece años, comencé a intuir que se aprovechaba de mí. Entonces empezó a asquearme. ¿Qué hacer? No puedes reaccionar contra él porque al fin de cuentas es tu padre"; "Yo no me rebelaba, ¿por qué? No lo sé. Aquello duró diez años". ¿Hablar de ello fuera de la familia? Sería traicionar a los suyos, enviar a su padre a la cárcel, romperle a la madre el corazón, ¿Tener que vérselas con la Policía, los jueces, los interrogatorios? Demasiado para una niña.

"Una de cada cuatro prostitutas sufrió una violación siendo niña, y el culpable fue en la mayoría de los casos el padre", observa Benoit Groult. Leila Sebbar observa un paralelo inquietante entre el ritual de la prostitución y el del incesto: "Todo se desarrolla según un ritmo, en un espacio, con gestos y reglas característicos de la prostitución. Ella hace lo que él le ordena. Esta allí para darle placer". Las mismas prisas, idéntico confinamiento en el espacio, igual olvido del cuerpo de la niña. Si cumple, si obedece, obtendrá como regalo un bombón o algún dinero.

El panadero Roland Vedel se mostró generoso con su hija Christine. Cuando ésta cumplió dieciocho años, el padre le regaló un coche. © TRIUNFO y "Le Nouvel Observateur".

## QUINO



(Museo del Prado). (Foto: David Manso.)

